

ENSAYOS BIBLIOGRÁFICOS

Gabriel Tortella y Gloria Quiroga: *La semilla de la discordia. El nacionalismo en el siglo XXI*. Valle. Marcial Pons, 2021, 310 pp.

Jorge Calero
(Universidad de Barcelona)

El trabajo de los profesores Tortella y Quiroga supone una muy valiosa aportación al estudio del nacionalismo. Se trata de una aportación ambiciosa y multifacética, en tanto que en el libro se aborda una diversidad de análisis de diferentes ámbitos, efectuados a su vez desde diferentes perspectivas. Partiendo de algunos análisis generales del fenómeno del nacionalismo y de su relación con los procesos de crecimiento económico se plantean observaciones del nacionalismo en ámbitos específicos, específicamente aplicados a los casos de Cataluña y el País Vasco en los años recientes pero, también, aplicados a situaciones de conflicto nacionalista en diferentes partes del mundo.

Quizás una de las claves para interpretar la aproximación que efectúan Tortella y Quiroga al fenómeno del nacionalismo se sitúa en la trayectoria biográfica del profesor Tortella, recogida brevemente en el capítulo primero del libro. Nacido en Barcelona, realizó sus estudios medios y universitarios en Madrid, donde se enfrentó a la dictadura y donde tuvo oportunidad de conocer a fondo el nacionalismo españolista del régimen franquista. Posteriormente, realizó su doctorado en la Universidad de Wisconsin, donde tuvo acceso a una visión más global de las sociedades y las economías. Los paralelismos entre el nacionalismo españolista joseantoniano y el nacionalismo catalán de cuño pujolista, con mitos equiparables, es señalado en diversos puntos del libro; la falta de crítica de la izquierda política ante el nacionalismo catalán (cuando sí la ejerció contra el español) aparece, también, en el texto. Ambas líneas de reflexión están en estrecho contacto con la biografía de Gabriel Tortella.

La semilla de la discordia puede interesar a un espectro amplio de lectores. La facilidad de su lectura y lo ameno de la diversidad de los temas tratados hace

que sea muy accesible para públicos de diferentes procedencias e intereses. Solamente algunas secciones del capítulo 1, consistentes en una aproximación económica a la relación entre nacionalismo y modernidad, pueden estar dirigidas más específicamente a economistas. El resto del libro resulta atractivo para un conjunto amplio de lectores, a los que se les proporciona una aproximación coherente del fenómeno del nacionalismo y de sus aplicaciones más cercanas en España.

Los autores arrancan su trabajo enfatizando la distinción entre dos tipos de nacionalismo. Por una parte, un nacionalismo “integrador”, responsable de la construcción nacional que se dio en las primeras revoluciones nacionales y parlamentarias (Inglaterra, Estados Unidos, Francia, España) hasta mediados del siglo XIX. Estos primeros nacionalismos fueron de carácter revolucionario y parcialmente democrático. Y, por otra parte, un nacionalismo “esencialista”, de carácter agresivo y retrógrado. Este “nuevo” nacionalismo es fruto de un cambio de paradigma hacia la concepción de un pueblo como algo más que la suma de los individuos que lo componen y que debe convertirse en una nación. “Un tipo de nacionalismo para el que la democracia es algo secundario: lo primordial es la idea de comunidad ligada por un factor, o, mejor, varios factores, tales como un pasado histórico (siempre muy mitificado), la religión, la lengua, la identidad (racial, lingüística, religiosa, etc.)”. El establecimiento de las naciones italiana y alemana, ya en la segunda mitad del siglo XIX, consolida este cambio de paradigma. Después de la Primera Guerra Mundial este nuevo paradigma da sustento a buen número de nuevos Estados nacionales, de la mano de la desafortunada actuación del presidente estadounidense Wilson.

El nacionalismo que conocemos en Cataluña y el País Vasco es de este segundo tipo. Este carácter se ve agravado por haberse desarrollado, en ambos casos, en el seno de una nación moderna ya constituida, España, lo que los lleva a que su objetivo primordial sea la desmembración de ésta. Un nacionalismo que tiene como objetivo destruir una nación previa. Es en este marco en el que se entiende una hispanofobia cada vez más agresiva, el menosprecio y la negación sistemática de todo lo relativo a España. Un proceso especialmente difícil y traumático si tenemos en cuenta el origen territorial de muy buena parte de la población de Cataluña y del País Vasco.

La primera parte del libro, titulada “Nacionalismo y modernización” está orientada a contrastar una hipótesis, ampliamente difundida, en la que se establece una relación causal entre el nacionalismo y la modernidad (el nacionalismo como elemento constitutivo de la modernidad, en términos de Greenfeld) y que en ocasiones se formula de forma más precisa en el sentido de que “los países que adoptaron la forma nacional crecieron económicamente con más rapidez que antes de tal adopción”. Resumiendo los argumentos de los autores podríamos decir, en primer lugar, que identifican diferentes olas en

la creación de Estados nacionales: en una primera ola, son factores endógenos los que determinan la aparición de las nuevas naciones (los casos ya señalados de Inglaterra, Estados Unidos, Francia, por ejemplo); en una segunda ola son factores exógenos (guerras mundiales, disoluciones de imperios) los que explican la creación de naciones a menudo improvisadas y frecuentemente fallidas. En segundo lugar, los autores establecen que la fórmula nacional no es causa necesaria, ni menos suficiente, de una buena ejecutoria económica. En sus palabras “la nación dista mucho de ser la fórmula mágica del crecimiento económico [postulada por Greenfeld] con una base empírica nada rigurosa y aún menos numerosa”. Tortella y Quiroga encuentran claras diferencias entre las naciones de la primera ola y de la segunda ola, en tanto que en las primeras sí podría cumplirse la relación causal postulada por Greenfeld. Los autores, también, analizan cómo la formación de Estados nacionales sólo ha hecho que la distribución de la renta fuera más equitativa en los países de la primera ola, mientras que en los de la segunda ola la distribución ha pasado a ser, de hecho, menos equitativa. La conclusión final de esta primera parte del libro es que “la adopción de la estructura política nacional puede quizá ser una condición necesaria para la modernización de una sociedad, pero, desde luego, dista mucho de ser una condición suficiente”.

En la segunda parte del libro se recoge una revisión profunda del nacionalismo en el caso español (capítulo 2) y de diferentes nacionalismos en el contexto internacional (capítulo 3). El capítulo 2 sintetiza una serie de ensayos publicados en revistas y periódicos durante los años recientes, especialmente convulsos en términos de la ofensiva nacionalista contra el Estado español. El capítulo 3 es una revisión estremecedora de los estragos causados por diferentes nacionalismos en forma, principalmente, de guerras. Desde la ex-Yugoslavia al conflicto en Sri Lanka, pasando por las guerras en los países de la antigua Unión Soviética, los autores analizan cómo el nacionalismo ha generado estados fallidos y violencia de forma sistemática alrededor del mundo.

Una reflexión que me parece muy interesante, entre las aportadas en el texto de Tortella y Quiroga, es la relativa a la visión que desde el resto de España se tiene de los nacionalismos catalán y vasco. Esta visión está definida por dos elementos. Por una parte, por el prestigio que la opresión ejercida por la dictadura franquista proporcionó a los nacionalismos regionales. Este prestigio ha sido muy duradero y es similar al que ha beneficiado también a las ideologías de izquierda. Y, por otra parte, la ingenuidad con la que en la Transición se trató al nacionalismo, asumiendo una lealtad que luego se demostró inexistente. En concreto, los autores mencionan la utilización por parte del nacionalismo catalán de la educación como un mecanismo de efecto lento (pero seguro) para conseguir simpatizantes con la política nacionalista: “Los políticos no nacionalistas fuera de Cataluña no parecían saberlo y le dejaron ese terreno libre sin ninguna reticencia”.

En realidad, esa ingenuidad inicial se transforma progresivamente en un autointerés por parte de los partidos de gobierno, en función de un sistema electoral que proporciona una representación desproporcionada a los partidos nacionalistas. Este autointerés lleva a pactos en los que se asume una cierta lealtad por parte del nacionalismo (como los acuerdos del Majestic que permiten el acceso a la presidencia del Gobierno de Aznar en 1996), lealtad que se demuestra como un supuesto cada vez más irreal. Los pactos del presidente Sánchez, a partir de 2018, con los partidos independentistas catalanes después del golpe de estado de 2017 tienen un carácter más radical, dado que difícilmente puede asumirse lealtad por parte de formaciones políticas que repetidamente anuncian “lo volveremos a hacer”.

Los mencionados elementos explican sólo parcialmente la “captura” que han sufrido los partidos de la izquierda, en España, por parte del nacionalismo. En los años más recientes partidos como el PSOE y, con más intensidad, Podemos, son indistinguibles en algunas de sus posiciones con respecto a los partidos nacionalistas. La polarización política ofrece, quizás, explicaciones adicionales: en el intento de profundizar en la distancia con respecto a los partidos de derecha, radicalmente en contra de los nacionalismos periféricos, la izquierda ha pasado no ya a tolerar, sino a aceptar como propios un amplio catálogo de justificaciones y reivindicaciones muy poco compatibles, en realidad, con los intereses de la clase trabajadora que forma el grueso de los votantes de los partidos de izquierda. En realidad, esta deriva forma parte de una deriva más general de la izquierda hacia elementos identitarios y de pérdida de la centralidad de las condiciones económicas de la clase trabajadora como eje de su programa político.

El nacionalismo que sufrimos en Cataluña y el País Vasco tiene un componente totalitario y ello no es una casualidad. De hecho, es difícil concebir un programa nacionalista que no implique la captura de todos los aspectos, públicos y privados, de nuestras vidas. Ese programa totalitario se despliega en ámbitos como los que enuncio a continuación referidos a Cataluña (de hecho, el propio carácter totalitario del programa hace muy difícil enumerar de forma exhaustiva los ámbitos que se pretende capturar). El nacionalismo pretende ocupar los espacios físicos. La proliferación de banderas, murales, carpas, lazos amarillos, los disturbios en las calles (recordemos el célebre “las calles siempre serán nuestras”), los cortes de tráfico (en la Avda. Meridiana de Barcelona durante más de dos años) son constantes ejemplos de esta ocupación. El nacionalismo pretende ocupar (y, de hecho, ya ha ocupado) el sistema educativo, como un elemento esencial en su legitimación y reproducción. El concepto de “inmersión lingüística” es esclarecedor de este proceso totalitario, en el doble sentido de rodear de forma exclusiva a la persona de una sola lengua y una sola cultura. Y rodearla no sólo durante el tiempo de enseñanza en el aula,

sino también en los comedores y en los patios, en un proceso de imposición que requiere del despliegue de “comisarios lingüísticos” específicos. No hace falta tampoco profundizar mucho para comprobar el intento (ya plenamente conseguido) de capturar las fiestas. El ejemplo más evidente es la festividad del Once de septiembre en Cataluña, donde se celebra (como fiesta oficial de la comunidad autónoma) la comunión de los independentistas y sus avances hacia la independencia.

El nacionalismo pretende ocupar todas las instituciones y se empeña en esta labor especialmente en el caso de las instituciones que por su propio carácter deberían ser neutrales. Es el caso, por ejemplo, de las universidades catalanas, donde constantemente órganos de gobierno de orientación independentista tratan continuamente de hacer pasar como posiciones del conjunto de la comunidad universitaria lo que no son más que posiciones políticas de personas, olvidando que la libertad de expresión no es un derecho que puedan ejercer las instituciones sino únicamente las personas. Varias sentencias judiciales han condenado a diferentes universidades catalanas en los últimos años por incurrir en ese tipo de prácticas. La ocupación de las instituciones no abarca únicamente al ámbito de lo público. Muchas instituciones privadas han sido capturadas: piénsese en el Fútbol Club Barcelona o en la Cámara de Comercio de Barcelona como ejemplos muy llamativos.

Una ocupación más sutil, pero muy eficaz, es la que el nacionalismo ha hecho del lenguaje. Un lenguaje donde las palabras se resignifican constantemente adaptándose al molde nacionalista, un lenguaje que sirve a la exclusión y a la manipulación. Los casos de Cataluña y el País Vasco proporcionan un campo de estudio incomparable donde comprobar las tesis de Klemperer en su *LTI. La lengua del Tercer Reich*.

Merece la pena también mencionar, aunque tenga en ocasiones un carácter inicialmente risible, el intento de captura de la Historia en su conjunto. Capturar el pasado para reformularlo en función de los intereses (también hispanofóbicos) del nacionalismo desintegrador. Digo risible porque en este empeño, cuando se lleva al extremo, participan instituciones de pseudohistoria como el *Institut Nova Història*, famoso por sus afirmaciones acerca de la catalanidad de Cristóbal Colón, Miguel de Cervantes (que sería en realidad Joan Miquel Servent) o Leonardo da Vinci, instituto generosamente subvencionado por la Generalitat.

Tortella y Quiroga reflexionan también sobre las posibles vías para atajar a los nacionalismos. Destacan, en ese sentido, la necesidad de firmeza y la resolución de no utilizar el nacionalismo como arma política y negarse a pactar con quien lo haga. El cierre del paso al nacionalismo, por supuesto sin violencia, y la ausencia de vacilaciones y ambigüedades por parte de los partidos no nacionalistas son pasos indispensables en este proceso. También

resulta destacable, como una propuesta contundente del texto, la recuperación por parte del Estado de la competencia en materia de Educación. En la misma línea, los autores sostienen que “las escuelas públicas deben ofrecer enseñanza de la historia de España en idioma español y la calidad científica de los contenidos debe estar garantizada por el Ministerio de Educación, a cuyo efecto convendría nombrar un comité científico independiente de diversas especialidades y escuelas que revise periódicamente textos y programas”.

La reflexión acerca del nacionalismo en general y sobre las formas totalitarias que ha adoptado en el caso de Cataluña y el País Vasco es necesaria. De hecho, cada vez más necesaria. El texto de Tortella y Quiroga es un muy valioso instrumento en este sentido. Su lectura amena es compatible con un notable rigor. Sus advertencias ante el peligro que supone el nacionalismo deben ser atendidas. El nacionalismo, como dicen los autores, “constituye una de las mayores amenazas que se ciernen sobre la paz y la convivencia en el mundo de hoy”. Es “una regresión al mundo primitivo y tribal de la prehistoria del que muchos de nosotros creíamos que la humanidad se había librado tras siglos de lucha evolutiva dialéctica, pero también, a menudo, violenta”. Son advertencias gravísimas. La lectura del *La semilla de la discordia* ayuda a comprender tales amenazas y, más allá de eso, a combatir contra ellas.